

aquella mujer le amenazó de muerte con una pistola.

HED. (*Friamente.*) Entre gentes dignas no ocurren esas cosas.

THE. Por esta razón he sospechado de aquella cantante de cabellos rojos con la cual Alberto....

HED. Sí; es posible que sea ella.....

THE. Y he sabido que esa mujer se hallaba de regreso; que se halla aquí. Imagina mi desesperación.

HED. (*Mirando hacia el fondo.*) ¡Pst! Aquí está Tesman; ni una palabra de todo esto.

ACTO PRIMERO. ESCENA VI.

E. IBSEN.



EL PATO SILVESTRE



- GREGORIO Ahora, ¿qué piensa usted de Hialmar?
- RELLING No he reparado..... no sé.....
- GREGORIO ¡Pardiez! ¡En el crítico momento en que su vida se reconstruía con nuevos cimientos! ¿Cree usted que un carácter como el suyo?...
- RELLING ¿El, un carácter?..... Si jamás ha tenido germen alguno de esas deformaciones que usted llama carácter.
- GREGORIO Es extraño..... con su educación..... tan mimado.
- RELLING ¿Se refiere usted a sus dos tías, aquel par de viejas histéricas y desequilibradas?
- GREGORIO Aquellas mujeres, no lo dude usted, nunca dejaron postergar los derechos del ideal. Éa, no se burle usted.
- RELLING No, no estoy para eso. Pero cónstele que le he oído declamar contra esos *asesinos de su alma*. No creo, sin embargo, que les deba ningún favor. La desgracia de Ekdal con-

- siste en ser tratado de hombre de genio por los que le rodean.
- GREGORIO Es una inteligencia superior, un carácter ideal.
- RELLING No lo he reparado; que su padre lo haya creído, no me extraña, pues ha sido un bruto toda su vida.
- GREGORIO Posee un alma de niño y usted no lo ha advertido.
- RELLING Bueno, bueno; pero cuando el niño Hialmar era estudiante, sus compañeros no dejaron de considerarlo como una lumbrera del porvenir. Era lindo, sonrosado... blanco... tal como gustan los niños a las señoritas. Y como tenía el corazón sensible, seductora la voz, y recitaba divinamente los versos y los pensamientos de los otros.....
- GREGORIO (*Airado.*) ¿Habla usted de Hialmar Ekdal?
- RELLING Sí; y con su permiso, quiero mostrarle el interior del ídolo que reverencia usted con la frente hasta el suelo.
- GREGORIO Con todo, creo no estar ciego.
- RELLING Je, je, poco le falta. Usted está enfermo también.
- GREGORIO Es verdad.
- RELLING Su caso es muy complicado. De un lado, esta maldita fiebre de equidad, y del otro, es lo peor, este delirio de adoración que le hace divagar sin descanso, con un deseo insaciable de admirar siempre, lo que está fuera de su alcance.
- GREGORIO Lo que busco ¿va a estar conmigo?
- RELLING ¡Cuántas simplezas le hacen a usted cometer esos radiantes insectos que revolotean ante sus ojos y le zumban por los oídos! De ahí el reclamar los derechos del ideal... ¡Cónstete! en esta casa, nadie es solvente.
- GREGORIO Si tan pobre idea tiene de Hialmar ¿a qué buscar su compañía?
- RELLING Aunque parezca mentira, soy médico. Debo

- cuidar a los enfermos a quienes cobija el mismo techo que a mí
- GREGORIO Hialmar.....¿enfermo?.....
- RELLING Como todos los hombres.
- GREGORIO Qué tratamiento le aplica usted?
- RELLING El que a todos. Una cosa bien sencilla. Se reduce a mantener en el enfermo la mentira de la vida.
- GREGORIO ¿La mentira de la vida? Tal vez entendí mal.....
- RELLING La mentira de la vida he dicho. La mentira es un estimulante.
- GREGORIO ¿Y qué mentira seduce a Hialmar?
- RELLING No he de decirlo, pues sería usted capaz de empeorar a mi enfermo. Pero el sistema está comprobado. Molvick es un ejemplo. Gracias a mí, es hoy "demoníaco." ¡Lástima de sedal que dejé de introducirle en el cuello!
- GREGORIO ¿Es o no es demoníaco?
- RELLING ¿Qué quiere que signifique este nombre? Nada, una tontería que he inventado para prolongar su vida. El pobre muchacho hubiera muerto de tristeza si no le consolase la ilusión de ser demoníaco. ¿Y qué diremos del viejo? Este supo, sin auxilio, propinarse el remedio.
- GREGORIO ¿Ekdal? Cómo.....
- RELLING Sí; ¿qué dice usted de un cazador de osos que persigue los conejos de un granero? Nadie más feliz que ese pobre hombre, cuando se precipita y dispara sobre los montones de trastos viejos. Árboles de navidad marchitos, le presentan el gran bosque de Heydal en su verde pompa. Los pollos, las gallinas, le parecen aves que vuelan de abeto en abeto. Los conejos que atraviezan el granero, son los terribles osos de sus cacerías. Y el viejo revive con sus instintos de hombre valeroso, atrevido y fuerte.

GREGORIO ¡Pobre viejo! Eso debe volverle el ideal de la juventud.

RELLING No diga usted "ideal," habiendo una palabra que significa lo mismo y se comprende mejor: diga usted "mentira."

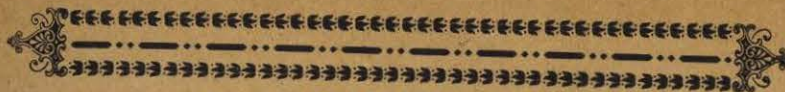
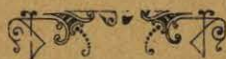
GREGORIO ¿Cree usted que significan lo mismo?

RELLING Tan sinónimos son, como tifus y fiebre pútrida.

GREGORIO ¡Doctor! he de arrancar a Hialmar de las garras de usted.

RELLING Peor para él. Si usted quita la mentira vital a un hombre, le privará por siempre de su felicidad.

ACTO QUINTO. ESCENA III.
E. IBSEN.



Casa de Muñeca

NORA No pienso dormir esta noche.

HELMER Pero, querida Nora.....

NORA (*Mirando su reloj*) No es tan tarde aún. Siéntate Torvaldo. Tenemos que hablar. (*Siéntanse junto a la mesa.*)

HELMER Nora....¿qué significa esto? Ese aire de seriedad.....

NORA Siéntate. La conversación será larga. Tenemos mucho que decirnos.

HELMER (*Sentándose enfrente de ella*) Me tienes intranquilo, Nora. No te comprendo.

NORA Dices bien; no me comprendes. Ni yo tampoco te he comprendido a ti, hasta..... esta noche. No me interrumpas. Oye lo que te digo....Se trata de que ajustemos nuestras cuentas.

HELMER ¿En qué sentido?

- NORA (*Después de una pausa.*) Henos aquí el uno frente al otro. ¿No te llama la atención una cosa?
- HELMER ¡Qué quieres decir!
- NORA Hace ocho años que nos casamos. Reflexiona un momento: ¿no es ahora la vez primera que nosotros dos, marido y mujer hablamos a solas seriamente?
- HELMER Seriamente, sí..... pero ¿y qué?
- NORA Ocho años han pasado, y más aún desde que nos conocemos, y jamás se ha cruzado entre nosotros una palabra seria sobre asunto grave.
- HELMER ¿Iba yo a hacerte partícipe de mis preocupaciones, sabiendo que no podías quitármelas?
- NORA No hablo de preocupaciones. Lo que quiero decir, es que nunca ni en nada hemos tratado de mirar en común el fondo de las cosas.
- HELMER Pero vamos a ver querida Nora ¿era esa ocupación a propósito para ti?
- NORA ¡He ahí el caso! Tú no me has comprendido nunca.... Habéis sido muy injustos conmigo; papá primero, y tú después.
- HELMER ¿Qué? ¡Nosotros dos! Pero ¿hay nadie que te haya querido más que nosotros dos?
- NORA (*Moviendo la cabeza.*) Jamás me quisisteis. Os parecía agradable estar en adoración delante de mí; ni más ni menos.
- HELMER Vamos a ver Nora ¿Qué significa este lenguaje?
- NORA Como te lo digo, Torvaldo Cuando estaba con papá, él exponía sus ideas, y yo las seguía. Si tenía otras por mi cuenta, las ocultaba; porque no le hubiera gustado. Me llamaba su muñequita, y jugaba conmigo como yo con mis muñecas. Después vine a tu casa.....
- HELMER Empleas unas expresiones singulares para hablar de nuestro matrimonio.
- NORA (*Sin cambiar de tono.*) Quiero decir que de

- manos de papá pasé a las tuyas. Tú lo arreglaste todo a tu gusto, y yo participaba de tu gusto, o lo daba a entender; no puedo decirlo con certeza.....quizá lo uno y lo otro. Ahora, dirigiendo atrás una mirada, me parece que he vivido aquí como los pobres.... ¡al día! He vivido de las piruetas que hacía para tu recreo, Torvaldo. Pero entraba eso en tus fines. Tú y papá habéis sido muy culpables conmigo. Vuestra es la responsabilidad si yo no sirvo para nada.
- HELMER Eres incomprensible, Nora; incomprensible e ingrata. ¿No has sido feliz aquí?
- NORA Nunca; creí serlo, pero no lo he sido jamás.
- HELMER ¡Que no....que no has sido feliz!
- NORA No: estaba alegre; eso es lo que había. Eras tan amable conmigo.....pero nuestra casa no era más que un salón de recreo. He sido muñeca grande en tu casa, como fuí muñeca pequeña en casa de papá. Y nuestros hijos a su vez, han sido mis muñecas. A mí me caía en gracia verte jugar conmigo, como a los niños les divertía verme jugar con ellos. He ahí lo que ha sido nuestra unión, Torvaldo.
- HELMER Hay algo de verdad en lo que dices.... aunque exageras y abultas mucho. En adelante cambiará todo; ha pasado el tiempo de recreo; ahora viene el de educación.
- NORA ¿La educación de quién? ¿La mía o la de los niños?
- HELMER Las dos querida Nora.
- NORA ¡Ay, Torvaldo! No eres tú hombre para educarme, para hacer de mí la verdadera esposa que necesitas.
- HELMER ¿Y eres tú quien dice eso?
- NORA Y en cuanto a mí ¿que preparación tengo para educar a los niños?
- HELMER ¡Nora!
- NORA ¿No lo decías tú hace poco? ¿No decías que

HELMER es una tarea que no te atreves a confiarme? Lo he dicho en un momento de arrebató. ¿Ahora vas a hacer hincapié en eso?

NORA ¡Dios mío! Lo dijiste muy bien. Es una tarea superior a mis fuerzas. Hay otra a la que debo atender de preferencia. Quiero pensar desde luego en educarme a mí misma. Tú no eres hombre para facilitarme ese trabajo. Tengo que emprenderlo yo sola.... Por eso voy a dejarte.

HELMER (*Levantándose de un salto.*) ¡Qué! ¿qué dices?

NORA Necesito estar sola para darme cuenta de mí misma y de todo lo que me rodea; así es que no puedo permanecer contigo.

HELMER ¡Nora, Nora!

NORA Quiero marcharme en el acto. No me faltará albergue para esta noche en casa de Cristina.

HELMER ¡Has perdido el juicio! No tienes el derecho de marcharte. Te lo prohibo.

NORA Tú no puedes prohibirme nada de aquí en adelante. Me llevo todo lo mío. De ti no quiero recibir nada ni ahora ni nunca.

HELMER ¿Pero qué locura es esa?

NORA Mañana salgo para mi país..... Allí podré vivir más fácilmente.

HELMER ¡Qué ciega eres, pobre criatura sin experiencia!

NORA Ya procuraré adquirir experiencia, Torvaldo.

HELMER ¡Abandonar tu hogar, tu marido, tus hijos! ¿No piensas en lo que se dirá?

NORA Yo no puedo pensar en eso. Sólo sé que para mí es indispensable.

HELMER ¡Oh! ¡es irritante! ¿De modo que faltarás a los deberes más sagrados?

NORA ¿A qué llamas tú mis deberes más sagrados?

HELMER ¿Necesito decírtelo? ¿No son tus deberes para con tu marido y tus hijos?

NORA Tengo otros no menos sagrados.

HELMER No los tienes ¿Qué deberes son esos?

NORA Mis deberes para conmigo misma.

HELMER Ante todo eres esposa y madre.

NORA No creo ya en eso. Creo que ante todo soy un ser humano con los mismos títulos que tú... .. o por lo menos debo tratar de serlo. Sé que la mayoría de los hombres te dará la razón, Torvaldo, y que esas ideas andan impresas en los libros. Pero ahora no puedo pensar en lo que digan los hombres y en lo que se imprime en los libros. Es menester que yo misma me forme mi idea sobre esto, y trate de darme cuenta de todo.

HELMER ¡Qué! ¿No te das cuenta de tu puesto en el hogar?

NORA No.

HELMER ¿No tienes un guía infalible en estas cuestiones? ¿No tienes la religión?

NORA ¡Ay, Torvaldo! Yo no sé a punto fijo lo que es la religión.

HELMER ¿Que no sabes lo que es?

NORA No sé más que lo que me dijo el pastor Hansen al prepararme para la confesión. La religión es esto, aquello y lo de más allá. Cuando me encuentre sola y libre, examinaré esa cuestión como una de tantas. Veré si el pastor decía la verdad o por lo menos si lo que me dijo era verdad con respecto a mí.

HELMER ¡Oh! ¡eso es inaudito en una mujer tan joven! Pero si no puede guiarte la religión, déjame al menos sondear tu conciencia. Porque supongo que poseerás al menos sentido moral.....¿O es que también te falta? Responde.

NORA ¿Qué quieres, Torvaldo? Me es difícil contestarte. No sé. No veo claro en nada de eso. Sólo sé una cosa, y es: que mis ideas son completamente distintas de las tuyas. Veo también que las leyes no son las que yo creía; pero en cuanto a que esas leyes sean

justas, eso ya no me cabe en la cabeza. ¡No tener derecho una mujer a ahorrar una preocupación a un padre anciano y moribundo, ni a salvar la vida de su marido! ¡Eso no es posible!

HELMER Hablas como una niña. No comprendes nada de la sociedad de que formas parte.

NORA No, no comprendo nada. Pero quiero conseguirlo y cerciorarme de parte de quién está la razón; si de la sociedad o de mí.

HELMER Tú estás mala Nora, tienes fiebre, y aun casi creo que no estás en tu juicio.

NORA Me encuentro esta noche más despejada y más segura de mí que nunca.

HELMER Y con esa seguridad y con esa lucidez ¿abandonas a tu marido y a tus hijos?

NORA Sí

HELMER Eso no tiene más que una explicación.

NORA ¿Cuál?

HELMER ¡Ya no me amas!

NORA Así es; he aquí en efecto la clave de todo.

HELMER ¡Nora! ¿y me lo dices de ese modo?

NORA Lo siento Torvaldo, porque has sido siempre tan bueno conmigo Pero ¿qué he de hacerle? no te amo ya.

HELMER (*Esforzándose por conservarse sereno.*) De eso, por supuesto, ¿también estás perfectamente convencida?

NORA En absoluto. Y por eso no quiero estar más aquí.

HELMER ¿Y puedes explicarme cómo he perdido tu amor?

NORA Muy sencillo. Ha sido cosa de esta misma noche, al ver que no se realizaba *el prodigio* esperado. Entonces he comprendido que no eras el hombre que yo creía.

HELMER Expílicate, no te entiendo.

NORA Durante ocho años he esperado pacientemente. Ya sabía de sobra, ¡Dios mío! que los prodigios no son cosa de todos los días. Lle-

gó al fin este momento de angustia. Entonces me dije con certidumbre: ¡ahora va a ser el prodigio! Mientras la carta de Krogstad estuvo en el buzón, no pensé ni por un momento que pudieses doblegarte a las exigencias de ese hombre. Creía firmemente que le dirías: "Vaya usted a pregonarlo todo." Y cuando eso hubiese ocurrido....

HELMER ¡Ah, sí!..... ¿cuando yo hubiese entregado a mi mujer a la vergüenza y al menosprecio?

NORA Cuando eso hubiese ocurrido, yo estaba completamente segura de que te ibas a presentar a responder de todo diciendo: Yo soy el culpable.

HELMER ¡Nora!

NORA Vas a decir que yo no hubiera aceptado tal sacrificio. Verdad, pero ¿de qué hubiese servido mi afirmación al lado de la tuya? ¡Pues bien! ese era el prodigio que yo esperaba con terror; y para evitarlo quería morir.

HELMER Nora: con placer hubiera trabajado por tí día y noche, y hubiese sufrido toda clase de privaciones y penalidades. Pero no hay nadie que ofrezca su honra por el ser amado.

NORA Lo han hecho millares de mujeres.

HELMER ¡Eh! piensas como una niña, y hablas del mismo modo.

NORA Puede ser, pero tú no piensas ni hablas como un hombre a quien yo pueda seguir. Una vez tranquilizado, no en punto al peligro que me amenaza, sino al que corrías tú.... todo lo olvidaste. Volví a ser tu avecilla canora, la muñequita que estabas dispuesto a llevar en tus brazos como antes y con más precauciones que nunca al descubrir que era frágil. (*Levantándose.*) Escucha, Torvaldo: en aquel momento, me pareció que había vivido ocho años en esta casa con un extraño, y que había tenido tres hijos de él..... ¡ah! ¡No quiero pensarlo siquiera! Me dan tentaciones de desgarrarme a mí misma en mil pedazos.

HELMER (*Sordamente.*) Lo veo ¡ay! ya lo veo. Se ha abierto entre nosotros un abismo. Pero di si no puede colmarse, Nora.

NORA Tal y como soy ahora, no puedo ser tu mujer.

HELMER Yo no tengo poder para transformarme.

NORA Tal vez... si te quitan tu muñeca.

HELMER ¡Separarte! ¡Separarme de ti! No, no, Nora, no puedo resignarme a esa idea.

NORA (*Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha.*) Razón de más para concluir. (*Vase y vuelve con el abrigo y un saquito de viaje, que deja en una silla cerca del velador.*)

HELMER Nora, todavía no, todavía no. Espera a mañana.

NORA (*Poniéndose el abrigo.*) No puedo pasar la noche bajo el techo de un extraño.

HELMER ¿Pero no podemos seguir viviendo juntos como hermanos?

NORA (*Poniéndose el sombrero.*) Bien sabes tú que eso no duraría mucho.

(*Echándose el chal sobre los hombros.*) Adiós, Torvaldo. No quiero ver a los niños. Sé que están en mejores manos que las mías. En mi situación de ahorano puedo ser una madre para ellos.

HELMER Pero ¿algún día Nora.....un día?

NORA No sé qué decirte. Ignoro lo que será de mí.

HELMER Pero sea de ti lo que quiera, eres mi mujer.

NORA Oye Torvaldo: cuando una mujer abandona el domicilio conyugal, como hago yo ahora, las leyes, según dicen, eximen al marido de toda obligación hacia ella. De cualquier modo yo te doy por eximido. No es cosa de que tú quedes encadenado, no estándolo yo. Plena libertad para ambas partes. Mira, aquí tienes tu anillo; devuélveme el mío.

HELMER ¿También eso?

NORA Sí.

HELMER Toma.

NORA Gracias. Ahora, todo ha concluído. Ahí te

dejo las llaves. Por lo que hace a la casa, la doncella está al corriente de todo.....mejor que yo. Mañana, después de mi marcha, vendrá Cristina a arreglar un baúl con lo que traje al venir aquí. Quiero que se me envíe.

HELMER ¡Todo ha concluído! ¿No quieres volver a pensar en mí, Nora?

NORA Seguramente que pensaré a menudo en ti, en los niños y en la casa.

HELMER ¿Puedo escribirte, Nora?

NORA ¡No, jamás! ¡te lo prohibo!

HELMER ¡Oh! Pero no puedo enviarte.....

NORA Nada... nada.....

HELMER Ayudarte si lo necesitas.....

NORA ¡Te digo que no! No acepto nada de un extraño.

HELMER Nora.....¿ya no seré nunca más que un extraño para ti?

NORA (*Cogiendo el saco de viaje.*) ¡Ay, Torvaldo! se necesitaría para otra cosa, el mayor de los prodigios.

HELMER Di cual.

NORA Necesitaríamos transformarnos los dos hasta tal punto.....¡Ay, Torvaldo! ¡Yo no creo ya en los prodigios!

HELMER Pues yo sí quiero creer. Sigue....“deberíamos transformarnos los dos hasta tal punto, de.....?”

NORA Hasta tal punto de que nuestra unión se convirtiese en verdadero matrimonio. Adiós. (*Vase y se oye cerrar la puerta de la casa.*)

HELMER (*Dejándose caer en una silla cerca de la puerta y tapándose la cara con las manos.*) ¡Nora, Nora! (*Levanta la cabeza y mira en torno de sí.*) ¡Se fué!.....¡se fué! ¡No verla más!... (*Con un vislumbre de esperanza.*) ¡El mayor de los prodigios.....!

ACTO TERCERO. Escena última

E. IBSEN.